



Delhy Tejero, *Narraciones Ilustradas, Ilustraciones Narradas*, ed. de Dolores Romero López, Burgos, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2020, 173 págs.



Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.13.2022.744-747>.

*Cuando pinto algo que me sale bien, no tengo edad ni sed.  
Manitas del arte que me acarician los pensamientos*  
Delhy Tejero, «Los cuadernines. Diarios (1936-1968)»

A *priori*, el nombre de Delhy Tejero no es excesivamente conocido hoy día. Es más, hay quien este nombre lo asocie con la pintura y, por ende, lo desligue inicialmente de la literatura. La realidad es bien distinta. Delhy Tejero (1904-1968), mujer de La Edad de Plata fue, además de una excelente pintora y dibujante, una escritora intimista de extremada sensibilidad. La cuidada edición de Dolores Romero López, *Narraciones ilustradas / Ilustraciones narradas*, editada por el Instituto Castellano y Leonés de la Lengua y en la que ha colaborado la familia Vila-Tejero, recoge los microrrelatos de esta autora toresana a la vez que, congrega aquellas pinturas y dibujos que explicitan los textos reunidos; por lo que el libro adquiere connotaciones de catálogo de obras artísticas.

Romero López, profesora titular de Literatura Española de la UCM, prologa esta edición con el marbete: *Delhy Tejero, tengo curiosidad por todo*. Una cláusula empleada por la propia Delhy en su diario *Los cuadernines*. Porque es, efectivamente, esa curiosidad que utiliza para su creación la que impele a esta pintora a relatar sucintos pasajes de su vida, detalladas narraciones o breves cuentos infantiles que acaparan la atención de cualquier lector. Dolores Romero realiza una conducente introducción explicando como son estos relatos, el modo en que están redactados, las experiencias vitales que los enmarcan... En definitiva, nos guía por el microcosmos de la pintora trazando una semblanza de Tejero a través de los sucesos acaecidos, las peripecias y las anécdotas que salpicaron la vida de esta singular artista desde su niñez y adolescencia en el pueblo de Toro en Zamora, el primer viaje a Madrid, el paso por la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, su estancia en la Residencia de Señoritas, sus primeros trabajos en los diferentes periódicos y revistas de la época como ilustradora o, su periplo por ciudades europeas durante la Guerra Civil en España, así como la residencia en la

capital durante su última etapa. Todo ello, las personas, las vivencias, los diversos paisajes... imprimen en Delhy una huella que junto con su acentuada sensibilidad reflejará plausiblemente en su obra. Por otro lado, es importante remarcar que Delhy fue una mujer moderna e independiente que pudo vivir de su trabajo, una realidad propia de las intelectuales de la época. La inclinación artística de Delhy Tejero oscilaba entre el pincel y la pluma y, según puntualiza Romero López, aunque sus narraciones no son literariamente fidedignas, no por ello carecen de tenacidad narrativa. Tras este compendioso exordio, la profesora Romero desbroza los distintos epígrafes en los que el libro está dividido, desde las “duendinas” y su aguda descripción, los relatos extraídos de su diario *Los cuadernines*, donde Romero afirma que se trata de unos escritos en los que la autora expresa la intrincada dialéctica del yo, un desdoblamiento, en ocasiones, que emerge reafirmando su identidad y, en otras, reproduciendo lo observado y lo vivido. Las narraciones ilustradas para *Ya* y *ABC* en las que destaca su amor por la naturaleza o, los preciosos cuentos con pequeños personajes donde la delicadeza y la sencillez se confabulan con el sentimiento infantil.

La recopilación de los textos de Tejero se divide en cuatro bloques. El primero está dedicado a los personajes que la pintora imaginó y cristalizó tanto en imágenes como en palabras, «Mis pequeñas brujas o duendinas» (1930-1933), unos seres mágicos que la autora reescribió como las musas de su pintura. Estos pequeños seres, híbrido entre bruja y hada, tienen una dotación singular de poderes individuales curiosamente relacionados con la destreza de la supervivencia en el medio natural asignado a la vez que, son ayudantes de Delhy cuando esta pinta. Cada una tiene una función determinada. Su ayuda es inestimable a la hora de crear. Delhy realiza una prosopografía de las mismas a través de las palabras y los pinceles, encargados de dar forma y color a estos seres feéricos. Puede observarse esta correspondencia en las páginas de esta edición.

El segundo bloque está dedicado a los «Relatos autobiográficos: un viaje por la modernidad» estas narraciones forman parte de su diario, anteriormente publicado, *Los cuadernines. Diarios 1936-1938* (2018). Las bellas descripciones encierran una observación minuciosa de lo que Delhy interioriza en sus diversos viajes y estancias en pueblos y ciudades, tanto de España como de Marruecos, Francia e Italia. No en vano, el catálogo de la exposición celebrada en Zamora del 18 de diciembre de 1998 al 17 de enero de 1999 lleva el nombre de: *Delhy Tejero (1904-1968) una muchacha y una maleta*, haciendo referencia al espíritu viajero de la pintora. De hecho, en sus diarios ella realiza constantes alusiones a su maleta a la hora de llegar a un

lugar, cuando tiene que abandonarlo, en el tren... Desde su estancia en el pueblo campesino de Zamora en «El viaje a Sejas» (1933-1937), sus écfrasis de Tánger y Capri donde las palabras se convierten en pintura narrada o, su ansiado encuentro con Italia a través de dos ciudades en «De Padua a Venecia, junto a mi maleta» (1937). Por otro lado, su lirismo interior salpica los relatos escritos sobre París donde trata de comprenderse a sí misma como parte de la vorágine que envuelve a la Ciudad de la Luz. Su amor a España lo retrata en «Historias y Tragedias de la Guerra Civil» (1938). Tejero, profundamente lacerada por la guerra, y más aún, por la contienda entre hermanos, relata la intrahistoria de mujeres anónimas que pierden a sus hijos, a sus maridos o que sufren en carne propia el dolor de la hostilidad entre parientes. Otros textos explicitan anécdotas propias, como el retrato por encargo que dibujó de la Virgen del Carmen, a la que representó con claveles. Esto produjo un profundo desacuerdo entre las personas que le encargaron el cometido, no admitían que la Virgen portara flores en su cabeza. La arquitectura paisajística de Toro o los entresijos de esta, su ciudad, al margen de la popular plaza; mientras, el lector puede corroborar los rasgos estilísticos de la escritura con los apuntes artísticos y cuadros de la pintora.

En el tercer bloque, «Narraciones ilustradas: sensaciones elementales», se han agrupado los relatos que Delhy dedicó a la esencia de la vida, tales como el azul del cielo o, el clima de su amada ciudad, Madrid. Lo simple y lo palpable con lo intrincado de su arquitectura, de sus tradiciones, de su gente y del sol que baña la ciudad castiza en «Madrid, azul» (1966). Tres de los relatos se solapan alcanzando la imaginación infantil a través de una “nubecilla”, una “agüita” y un “sueñín” antropomorfos que quieren conseguir lo que, precisamente, les estaba vedado por su condición: la nube estar con la luna y, el agua y el sueño ser como los pájaros. Siguiendo esta línea pueril, nos cuenta la historia de «Isidro, el hijo del Manzanares» (1968); un intrépido afluente que descubre la ciudad de Madrid de la mano de sus padres: Manza, la mamá y Nares, el papá. La bella écfrasis del último texto «El aire limpio» (1968) le sirve a Delhy para vagar en el regazo del aire y, a través de todas sus manifestaciones, alcanzar la precisión de sus observaciones a vista de pájaro. Las ilustraciones que acompañan a estos relatos, pese a tener un matiz abstracto, definen con claridad estas cuidadas descripciones.

El último apartado reúne sus cuentos infantiles, unas narraciones que vienen marcadas por sus diminutos protagonistas como el de «El niño al revés» (1938), un nene que, en vez de crecer, mengua hasta adquirir casi el tamaño de un insecto recordando el famoso cuento de *Pulgarcito* de C. Perrault. «El hada Luzbelina» (1939) y el poder de sus cabellos luminosos,

cuento con ecos de la Campanilla de *Peter Pan* de J. M. Barrie. «Cermeñito. Cuento para la feria de El Campo» (1954), el niño fruto de un árbol o, el último relato, «El ángel Pedrito» (1966) dedicado al trance que supone la muerte para un niño, en este caso, de un hermano pequeño. Los grabados y las irisadas pinturas que acompañan estas fábulas engrandecen a sus pequeños héroes.

Es cierto que, el torrente artístico de Delhy Tejero estuvo condicionado, en algunos momentos de su vida, por una influencia teosófica durante su estancia en París o una exacerbada espiritualidad cristiana desde su regreso a Madrid. Pese a ello, la fidelidad a sí misma es una constante que nunca decae en su obra, tanto pictórica como gráfica. Esta lealtad y honestidad la posibilita avanzar en una línea marcadamente individual que la sitúa por encima de las corrientes y de los rasgos característicos de los pintores afamados de la época. En esta edición, la poesía resbala por las imágenes y los colores enmarcan las palabras bajo el más nítido *ut pictura poesis* cultivado por una pintora con alma de literata.

CAROLINA VIÑARÁS  
Universidad Complutense de Madrid  
[cvinaras@ucm.es](mailto:cvinaras@ucm.es)